

## MANUEL OROZCO Y BERRA

El 8 de junio de 1816 nació en la ciudad de México, en la cual murió el 27 de enero de 1881.

Hombre eminente en el saber y uno de los historiadores más conspicuos de México, Manuel Orozco y Berra no supo de más ocupación que el trabajo. Varias colecciones de documentos, transcripción de numerosos manuscritos de gran valor, formulación de su *Diccionario Universal de Historia, Geografía y Biografía*, monumental obra aún no superada, y redacción de los *Apuntes para la historia de la geografía en México* (1876); *Memoria para el Plano de la ciudad de México* (1867); *Geografía de las lenguas y Carta Etnográfica de México* (1865); *Historia antigua y de la conquista de México* (1881); *Historia de la dominación española en México*, escrita en 1849 y publicada sólo en 1938 en 3 volúmenes; *Materiales para una cartografía mexicana* (1871); *Memoria para la carta hidrográfica del Valle de México* (1864) y otras, dan idea de su laboriosidad.

La historia de México adquirió con Orozco y Berra un gran valor. Penetró con rigor en muchos de sus aspectos y dejó sólidos estudios reveladores de sus vastos conocimientos, de su gran capacidad y visión.

Acerca de su vida véanse las biografías de Victoriano Agüeros, *Escritores mexicanos contemporáneos*, México, Imp. de Ignacio Escalante, 1880, XLI-225 p.; Manuel Cruzado, *Memoria para la Bibliografía Jurídica Mexicana*, México, Antigua Imp. de E. Murguía, 1894, 139 p.; Antonio de la Peña y Reyes, *Muertos y vivos (Homenajes)*. *Primera serie*, México, Imp. de la calle de Jesús, 1896, 95 p.; Enrique Santibáñez, "Elogio de Don Manuel Orozco y Berra" en *Boletín de la Universidad Popular*, publicado bajo la dirección del Dr. Alfonso Pruneda, Rector de la Universidad. 3 v. México, Imp. Victoria, 1915-17, III; Miguel Pérez "Discurso en memoria de D. Manuel Orozco y Berra" en *La Naturaleza. Periódico científico de la Sociedad Mexicana de Historia Natural*, 7 v. México, Imp. de Ignacio Escalante y Comp. 1870-87, V; José María Vigil, "Discurso en conmemoración del Sr. D. Manuel Orozco y Berra", en *Revista Nacional de Letras y Ciencias*. Dirección Justo Sierra, Francisco Sosa, Manuel Gutiérrez Nájera, Jesús E. Valenzuela, 3 v. México, Oficina Tip. de la Secretaría de Fomento. 1889-90. III; Isidro Rojas, *Estudio biográfico de los Vicepresidentes de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, presentado en la sesión solemne que bajo la presidencia del Sr. General Don Porfirio Díaz, Presidente de la República Mexicana, verificó aquel cuerpo científico en celebración del cuadragesimo séptimo aniversario*, México, Tip. de El País, 1900, 30 p. ils.; y Francisco

Sosa, *Biografías de Mexicanos distinguidos*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 1884 XII-1115-8 p. ils., p. 747-765, quien proporciona abundante información bibliográfica.

Una bibliografía más amplia es la de Rubén García, *Biografía, Bibliografía e Iconografía de D. Manuel Orozco y Berra*, en *BSMGE*, T. 44, 1933, 185 p.

Estudios más modernos son los de: Susana Uribe de Fernández de Córdoba, *Manuel Orozco y Berra y su Historia Antigua y de la Conquista de México*, en Julio Le Riverend et al, *Estudios Históricos Americanos. Homenaje a Silvio Zavala*. Salutación de Alfonso Reyes, México, El Colegio de México, 1953, 786-[8] p. ils., p. 517-561, el cual más ampliado dio lugar a una tesis recepcional bajo título semejante, México, 1964; Luis Villoro, *Los grandes momentos del indigenismo en México*, México, El Colegio de México, 1950; Eva Martínez Cevallos, "Don Manuel Orozco y Berra" en *Revista de Revistas*, 8 de febrero de 1931; y Edmundo O'Gorman, "Sobre la historia de Orozco y Berra" en *Revista de Investigaciones Históricas*, I. Nos. 2-3.

Fuente: Manuel Orozco y Berra. *Conquistadores de México*. Es un estudio consagrado al maestro Altamirano que publicó Agreda y Sánchez como apéndice a la *Sumaria Relación* de Dorantes de Carranza, 1902, p. 333-457.

## LOS CONQUISTADORES DE MEXICO

Cuando Cristóbal Colón presentó en la Península Ibérica las producciones del recién descubierto Nuevo Mundo, y con su entusiasmada y poética imaginación describió los ricos y encantadores países encontrados al medio del Océano, las imaginaciones no menos vivas y pintorescas de los españoles se exaltaron, y el ardor nacional tomó el rumbo de las acciones arriesgadas y de las empresas de todo género. Multitud prodigiosa de hombres dejó su patria, para ir allá muy lejos, en busca de nuevas comarcas, de reinos poderosos, de tesoros inmensos, y allí enriquecer pronto, ganar fama, y destruyendo a los idólatras, hacer triunfar el culto de la Santa Cruz.

Nobles y pecheros siguieron el impulso general, si bien aquellos fueron respectivamente en corto número. La turba de aventureros abandonaba su país confiada y satisfecha, contando solo con su corazón y con su espada. Terminaban en España las porfiadas y sangrientas guerras contra los moros; estaban frescas aún las memorias de las hazañas prodigiosas rematadas en la Vega de Granada por los cumplidos caballeros cristianos; se admiraban todavía las proezas de los cegries y de los aben-

cerrajes; se enardecía el pueblo con la relación de los sitios y de los combates, abultados y revestidos de formas fantásticas en las tradiciones populares; y el orgullo de la victoria, largo tiempo disputada y por heroicos esfuerzos conseguida, infundía seguridad en los ánimos y les daba suficiencia. Común y continuada la lectura de los caprichosos libros de caballería, nadie ignoraba, y muchos creían en los encantamientos, en el pacto con los espíritus superiores, en los portentos de la magia, obra de la ciencia, y en los horrores de los sortilegios nacidos del poder comunicado por el mismo Satanás. Mezcla de ideas paganas y católicas, abrigadas por fantasías meridionales, que daban por resultado la creencia de que nada había imposible para el hombre, supuesto que no era difícil encontrar una protección sobrenatural para vencer todo linaje de obstáculos y de contradicciones. Y si esto podía lograrse por medio de la magia, más fácil era aún alcanzarlo, si puesto fervorosamente el corazón en Dios, con fe sincera y con la santa idea de hacer triunfar la verdadera religión, tenía que combatirse contra los paganos y contra los infieles, gente descreída, abandonada por la Divinidad a los cristianos.

Si a estos elementos, tomados de entre los principales de aquella época, reunimos los constitutivos del carácter español, resultarán, sin entrar en un prolijo examen, las buenas y las malas cualidades que adornaban y desfavorecían a los aventureros castellanos del siglo XVI. Leales a su rey, valientes y esforzados; tenaces, religiosos hasta la superstición; confiados y arrogantes; crueles con los vencidos porque eran de una raza despreciada; implacables porque perseguían idólatras; rapaces para hacer fortuna; pródigos para desperdiciarla en el juego o en los placeres, una vez conseguida; predicadores fervientes y soldados corrompidos; campeones nunca puestos en olvido por la fama, manchando sus laureles con los tormentos aplicados a las víctimas con fría impasibilidad; hombres de bronce, sufriendo sin quejarse toda clase de penalidades, rematando como por pasatiempo sus prodigiosas conquistas, para entregarse luego al reposo y a las delicias; removedizos en la tierra sojuzgada, sin apego a los trabajos materiales de la labranza y del comercio; turbulentos, reacios para sujetarse a la disciplina que no era impuesta por sus jefes militares; apegados nimiamente a las fórmulas forenses y buscando en ellas el remedio y el apoyo de sus faltas; amos intratables; padres de familia descuidados con los hombres y vigilantes con las mujeres. Reunión de fases contradictorias, ante la cual

se vacila entre saludar al héroe o despreciar al merodeador, porque lo eran todo junto.

Luego que se descubría alguna nueva provincia, se fundaban en ella las más lisonjeras esperanzas, se la pintaban unos a otros como la región más afortunada y feliz, llena de oro y de belleza, de prodigios y de fábulas; los aventureros acudían a bandadas para alistarse en la expedición que iba a la conquista de aquel paraíso, y emprendían la marcha entretenidos con agradables sueños, platicando alegremente de su futura fortuna y del regalo que les aguardaba. Llegados al lugar apetecido, por rico y hermoso que fuera les parecía triste y pobre, según ellos se lo habían figurado, y comenzaba el desengaño; seguían duras enfermedades, privaciones sin cuento, fatigas y molestias propias para abatir al más robusto, y sobrevénia la saña de los indios que, acosados, pagaban la crueldad de los blancos con refinamiento de barbarie: el mayor número perecía, los demás se disgustaban y se retiraban desalentados a contar su mala-ventura, y muy pocos, hábiles o afortunados, recogían, caramente comprada, alguna pequeña riqueza. Pero tan pronto como había otro descubrimiento, volvían a presentarse las locas esperanzas, se ponían en olvido las lecciones de la experiencia, se presumía que no iba a acontecer entonces lo que sucedió antes, y los aventureros tornaban a alistarse para ir a caer en los propios males: recogían siempre desengaño y no les faltaba una ilusión que perseguir.

Las empresas se hacían de común por cuenta de armadores que contaban con posibles o con valimiento en la corte. Puesta la mira en alguna provincia, el empresario capitulaba con el rey, es decir, formaba un convenio para hacer a su costa la conquista, mediante una recompensa convenida, que consistía en títulos, o tierras, o rentas sacadas del país sometido, quedando el resto de lo domeñado a beneficio de la corona. Declarado el jefe de la expedición, alzaba sus pendones y recogía los soldados que se le presentaban, hasta el número que podía o juzgaba suficiente. El transporte era en buques proporcionados por él; prevenía víveres para el pasaje, armas para reparar a los enganchados, quienes pagaban el importe y las municiones necesarias para las ballestas y los arcabuces; la artillería de común era exclusivamente suya. Los aventureros no gozaban sueldo alguno: los despojos ganados en la guerra se ponían en un fondo común, y terminada se hacía la partición, sacando el quinto para el rey, del resto la parte estipulada para el jefe, y lo demás se subdividía en porciones, mayores las de los

jinetes a las de los infantes. En campaña, se vivía sobre el país; sojuzgada la provincia, se repartía o encomendaba la tierra, con lo que cada soldado se convertía en colono y en propietario: en estos repartimientos los jefes obraban a discreción y generalmente con parcialidad.

Repitiendo lo que ya otra vez he dicho, la conquista de México es un acontecimiento tan maravilloso, que parece un cuento de hadas. Si la historia no lo atestiguara con irrefragables documentos, esa relación pasaría por una fábula, por el invento de una imaginación descarriada.

Un puñado de aventureros llegó confiado a un país ignoto. Las noticias que adquirió le enseñaron que existía un reino poderoso, un señor fuerte y temido. Sin consultar más de a su arrojo, resolvió apoderarse del reino y del señor. ¿Con qué medios? —Con su espada. —¿De cuál manera lo pondría en práctica? —No lo sabía.

El jefe de la banda era tenaz cuanto mañero. Apenas comenzó a penetrar al interior, supo aprovechar diestramente las circunstancias, sacar partido de los menores incidentes. Combatiendo dondequiera que le hacían resistencia, peleando con suma valentía sin contar el número de los enemigos asombró a las tribus que poblaban la tierra, haciéndose aliados de los contrarios que vencía, súbditos sumisos los habitantes de los pueblos por donde pasaba. Llegado a la capital del grande imperio, con temeridad coronada por el éxito, se apoderó del señor. Perdidas las ventajas adquiridas por un acto de rapacidad, destrozados los merodeadores en una jornada infausta, el jefe se mostró siempre grande; derrotó en una batalla memorable los innumerables batallones que le salieron al encuentro después de ya vencido, y casi por milagro pudo salvarse de su total pérdida.

Pocos meses después, con los pequeños refuerzos que le llegaron, entró de nuevo en campaña. Las tribus indias, cegadas por la venganza, por la envidia, por bastardas pasiones, habían desertado de la causa de su patria para ayudar al jefe astuto; de manera que, cuando retornó contra la gran ciudad que codiciaba, quedaban a ésta pocos y dudosos amigos, que al cabo fueron también domeñados y engrosaron las filas de los conquistadores.

Durante el asedio de la capital, el puñado de aventureros, sin tener un fuerte lazo de unión con sus aliados; perdidos entre la multitud de los guerreros que les ayudaban; empe-

ñados en lances de los cuales parece maravilla pudieran salir ilesos, se hicieron obedecer, se hicieron servir, se hicieron adorar. Hombres de hierro, pelearon más de tres meses de día y de noche, vestidas de continuo las armas, con escaso alimento, expuestos a la intemperie, y sin desmayar por los obstáculos, sin que llegaran ni a sospechar que acometían una empresa descabellada, sin que se hubieran puesto a pensar en su insuficiencia para tamaña labor.

El sitio y la toma de México es el acontecimiento más grande de nuestra historia: honra a los sitiados y a los sitiadores. Sin que pueda achacarse a espíritu de nacionalidad, la defensa de su población hecha por los mexicanos se puede poner en paralelo con las celebradas de Sagunto, de Numancia y de Zaragoza. Los guerreros desnudos, con armas flacas, combatían contra hombres cubiertos de hierro, prevenidos de cañones y de mosquetes; y derrotados siempre, volvían a la pelea sin que les flaquease el ánimo, convencidos de que les aguardaba la muerte, preferida a perder su libertad. Acabados los mantenimientos, comieron las sabandijas del lago, los insectos del suelo, las yerbas, las ramas y las cortezas de los árboles; escarbaban la tierra para sacar las raíces; el acero enemigo colmó de cadáveres las cortaduras de las calzadas, los fosos, las casas; la corrupción de los muertos envenenó el aire y la pavorosa peste se asentó entre los defensores; arrasados los edificios hasta los cimientos, luchaban aún sobre los escombros, y se refugiaban después en lo que quedaba en pie: vendidos por sus amigos, abandonados por sus aliados, puestos sus traidores súbditos en abierta insurrección, hicieron frente a todos y además a los extranjeros: combatieron y combatieron, nadie habló de rendirse, y la ciudad cayó en poder de los contrarios, cuando no había más que ruinas, cuando los hombres hambrientos, débiles, cansados, no podían blandir las armas, cuando el contagio hacía inútil todo esfuerzo, cuando los desampararon hasta sus mentidos y cobardes dioses, pródigos en ofrecimientos, avaros a la hora de cumplirlos. Murieron muchos de hambre, sin tocar a las carnes de los cuerpos de los suyos, que tan negra costumbre sólo se entendía con el enemigo detestado.

Vencidos y vencedores fueron grandes.

Si echamos una mirada sobre los personajes principales de esta terrífica y encantadora Iliada, encontraremos que Moc-teuzoma II o Xocoyotzin se mostró supersticioso e irresoluto; despreciado por sus súbditos, herido por ellos, acabó al acero

de sus pérfidos huéspedes. No murió como rey, no; terminó como un pechero y sin dar lustre a su alta dignidad.

Cuitlahuac fue una estrella errante que dejó iluminado el pequeño espacio por donde atravesó.

La figura del último emperador azteca se alza limpia y sin tacha, demandando el respeto y la admiración. CUAUHTÉMOC fue un gran príncipe y un cumplido caballero. Elevado al trono en los tiempos más difíciles del imperio, aceptó el cargo con toda abnegación: se entregó con ardor a salvar su nacionalidad moribunda, y combatió sin tregua ni descanso; la muerte respetó su vida en las batallas, que no quiso librar dándose a partido, ni aceptando las ofertas de sus enemigos; cuando ya no tuvo elementos para lidiar quiso dejar los escombros de su capital, no solo, sino llevando a su familia y a sus parciales. Alcanzado por el bergantín de García Holguín y mirando que encaraban para su canoa las ballestas y los arcabuces.— “No me tiren, dijo, que yo soy el rey de México y desta tierra, y lo que te ruego es, que no me llegues a mi mujer ni a mis hijos, ni a ninguna mujer ni a ninguna cosa de lo que aquí tengo, sino que me tomes a mí y me llesves a Malinche.” —Este es el lenguaje que le presta Bernal Díaz, que si no es culto, encierra copia de sentimientos generosos.

Su entereza no fue desmentida cuando estuvo en la presencia de su vencedor.— “Señor Malinche, exclamó, ya yo he hecho lo que estaba obligado en defensa de mi ciudad y vasallos, y no puedo más; y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona, toma luego ese puñal que traes en la cinta y máta-me luego con él.” —En aquel momento podía decir con mayor verdad que el rey francés, que todo lo había perdido menos la honra. Llevado al tormento para que descubriera sus tesoros, desplegó la estoica indiferencia de que los salvajes saben hacer alarde contra la saña de sus verdugos, y dejó a la posteridad las palabras que le arrancó el valor y no la tortura. Fue a morir muy lejos, en una tierra extraña, de una manera inmerecida e ignominiosa, en un rato en que el miedo hizo flaquear al conquistador. La nacionalidad azteca quedó sepultada en aquella ignorada tumba.

D. Hernando Cortés ha sido juzgado generalmente de una manera apasionada. Sus panegiristas han loado de una manera enfática sus prendas, mientras sus detractores no han encontrado palabras para abultar sus defectos. Aquéllos y éstos se han engañado, en mi concepto; el retrato del hombre tiene fuertes toques de luz y de sombra, y de haberlo visto sólo bajo

una faz han procedido tan encontradas opiniones. Si se quiere obrar con imparcialidad, dígase lo bueno y lo malo; D. Hernando rebajará un poco entonces, mas no por eso dejará de aparecer grande. Sáquesele a plaza su ingratitud con Diego Velázquez, su trato doble y falaz con las tribus, la perfidia cometida con Moctezuma; póngase a su cuenta la matanza inútil de Cholula, el asesinato del monarca azteca, su sed insaciable de oro y de placeres; no se olvide que ahogó a su primera esposa Dña. Catalina Juárez, que cometió una villanía al poner en el tormento a CUAUHTÉMOC, que perdió a su émulo Garay, que por conservar el mando se hizo sospechoso de la muerte de Luis Ponce y de Marcos de Aguilar; acúsele aún de lo demás que comprobado conste en la historia; pero entonces hágasele el descargo de que fue político sagaz y capitán valiente y entendido; que dio cima a uno de los hechos más asombrosos de los tiempos modernos; que acabada la guerra se dedicó a establecer una buena administración, e introdujo en la colonia semillas y plantas útiles, la cría de animales, y planteó algunos ramos desconocidos en México; que fueron de suma importancia sus empresas agrícolas y mineras, que contribuyó mucho al conocimiento de la geografía de América con sus viajes así por tierra como por mar, y que merece bien de la ciencia por las naos que armadas de su cuenta recorrieron las costas de nuestros mares. Si expropió una raza, si la desheredó y la redujo a la servidumbre, dio principio con mejores elementos a otra nueva raza, que al llegar a independizarse se encontró dotada con lo que nunca había poseído la generación maltratada. Desapareció la nacionalidad azteca; pero nació la nacionalidad mexicana, del consorcio de aquélla y de la nacionalidad española. Si borró del mundo una civilización, la sustituyó con otra más adelantada y perfecta. Sólo elogios puede merecer por haber contribuido a derrocar una religión tenebrosa y sangrienta, para poner en su lugar las santas doctrinas del Evangelio.

De en medio de tan encontrados elementos veremos que la figura sombría y noble de D. Hernando se alza muchos codos sobre la estatura común de la humanidad.